

EN LOS 25 AÑOS DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA POPULAR DEL RISARALDA

Cardenal Darío Castrillón Hoyos

Febrero 14 del 2000

Con un sentimiento de profunda emoción y de intensa alegría regreso a la inolvidable y bien amada ciudad de Pereira para conjugar en esta Alma Mater dos símbolos de la tierra soñada: el verde esmeralda de las esperanzas que con un grupo de amigos distinguidos depositamos hace cinco lustros, grato caudal de recuerdos; y el rojo de los cafetales maduros que la Divina Providencia nos permite hoy contemplar en la cosecha de ciencia y de méritos de estudiantes y profesores, en los 25 años de existencia de esta Universidad Católica Popular del Risaralda.

Conservo vivo el recuerdo de aquel pequeño grupo de estudiantes (Alberto Cardona, ya fallecido, Álvaro Mojica y Nelson Rendón) que, ante los problemas del cierre de su centro educativo me pidieron, por ser su Obispo, que los acompañara en el propósito de realizar sus estudios superiores. Tocamos inútilmente muchas puertas y llegamos a la aventurada decisión de fundar una Universidad. Para llevar adelante este propósito formé una comisión, integrada por los Padres Francisco Arias Salazar y Francisco Nel Jiménez Gómez. La buena voluntad y la tenacidad de Monseñor Francisco Nel Jiménez y un limitado número de personas amigas, entre las cuales recuerdo especialmente al Dr. Bernardo Gil Jaramillo. Posteriormente invitamos a la «Corporación para el Progreso Económico y Social de Risaralda», COPESA, cuyos Directivos (recuerdo especialmente, junto al Dr. Gil, a los Doctores Ricardo Tribín Acosta, Álvaro Polanco, y Duffay Alberto Gómez Ramírez) secundaron la noble aventura.

Surgieron problemas económicos y legales para la aprobación de la Universidad hasta el día en que, aprobado el Concordato, se reconoció a la Iglesia el derecho de establecer centros educativos en los varios niveles de la enseñanza. El entonces Obispo Coadjutor de Pereira, Darío Castrillón, debidamente autorizado, dio el Decreto de Fundación de la Universidad Católica Popular del Risaralda. Para no cometer injustos olvidos, omito mencionar el nombre de todos los decididos y generosos colaboradores en la empresa. De una cosa estoy seguro: en ella estuvo presente, con su reconocido espíritu cívico y con su dinámica generosidad, toda Pereira.

Para medir el tamaño y la bondad de esta realidad de educación superior, permitidme recordar algunos hechos históricos que marcan en el arco de los siglos la trayectoria de la educación en el mundo y en la Iglesia.

Un poderoso dinamismo de extensión cultural siguió al descubrimiento de la escritura. Se difunde en forma popular la instrucción y aparecen en Grecia: el Pedagogo para la instrucción primaria, el Gramático para la secundaria y el Sofista para la superior. Mientras tanto en Roma se presentan el Litterator o Ludimagister, el Grammaticus y el Orator o Magister Juris, para los mismos grados de la educación. Después del año 200 la escolaridad greco-romana se identifica casi totalmente. Otro tanto ocurre con Platón y Séneca desde el punto de vista filosófico.

Platón, contra Protágoras escribió: "Dios es la medida de todas las cosas" (Las Leyes 716,c), «Dios es el pedagogo del Universo» (897,b). Esta dimensión teológica de aquella vieja cultura es una raíz lejana de las Universidades Católicas. Desde las primeras elaboraciones sistemáticas de la cultura estaba presente el elemento religioso considerado siempre como parte integral de la perfección humana.

La penetración cultural cristiana en los tres primeros siglos de nuestra era, tuvo su más significativa expresión en la Escuela Alejandrina con su antecedente pagano en el Mouseion, la casa de las musas, representantes de los varios sectores del saber, y la Bet-midrash, casa de investigación hebrea donde Filón perfeccionó su interpretación de la Torah. Es interesante comprobar cómo en el mundo hebreo aparecen ya tres tipos de instrucción: la primaria sobre la Biblia, la secundaria sobre la Mishnah y la superior sobre el Talmud.

En este ambiente intelectual favorable surgió, a principios del s.III el Didaskaleion, que podría considerarse la primera institución pedagógica cristiana. Clemente de Alejandría (150-215 circa), que aunque oficialmente no había enseñado en el Didaskaleion es considerado como uno de los exponentes más caracterizados del ambiente cultural cristiano de Alejandría de Egipto y Orígenes son las dos figuras máximas en el proyecto de creación de una cultura, «paideia» cristiana. Orígenes adopta la totalidad de la metodología de su tiempo y crea una «paideia» vasta y articulada que él mismo pone en práctica en Alejandría entre el 203 y el 231 y luego en Cesárea de Palestina entre el 232 y el 253.

En el Discurso dirigido a Orígenes por Gregorio el Taumaturgo, en su tiempo de estudiante, 238, se encuentra la descripción de la «paideia» cristiana que, según se deduce de este documento, es el primer intento de Universidad cristiana.

Convertido el imperio Romano al cristianismo, aparece un nuevo proyecto cultural de escuela cristiana en el siglo IV, con la reflexión agustiniana sobre el «magíster interior», pero las invasiones de los bárbaros, de mitad del siglo, terminan con los proyectos sistemáticos de escuelas cristianas en occidente, mientras continúan en el oriente bizantino.

Es cierto, sin embargo, que comparecen escuelas típicamente cristianas, pero diversas de aquellas del período pre-constantiniano y post-constantiniano. En los primeros decenios del siglo VI se habla de las primeras escuelas eclesiásticas rurales (concilio de Vaison del 529) y de las primeras escuelas episcopales (concilio de Toledo del 527). En la época de Carlo Magno nacerá finalmente la «escuela palatina» en la misma corte imperial.

Con Carlo Magno y el renacimiento carolingio se da un nuevo impulso a la educación cristiana y las abadías se convierten en frentes de cultura. Los primeros pasos de renacimiento cultural vienen del mundo anglosajón con Beda el Venerable y con Alcuino de York, incorporados a los programas político-religiosos y culturales de Carlomagno.

En el alto Medioevo, del siglo X al XIII, nace la Universidad medioeval y ya es de todos conocido el desarrollo del pensamiento en esos centros famosos de cultura perenne. Es notable el hecho de que, ya en la primera mitad del siglo XVI, la Iglesia en América funde Universidades en distintas partes del continente, muchas de las cuales conservan todavía su vigor y la nobleza de sus tradiciones culturales, factor determinante en el desarrollo del continente.

La conmemoración que hoy nos congrega hace, pues, parte de una memoria humanística del más genuino sello cristiano, que mantiene a la Iglesia a la cabeza del desarrollo del pensamiento iluminado por la fe a través de los siglos.

En nuestro tiempo, con la experiencia secular que le permitió vivir las más profundas y diferentes revoluciones culturales, y ante la maravillosa multiplicación de escuelas y universidades católicas, la Iglesia ha reflexionado una vez más sobre la Universidad y nos ha entregado un fruto maduro que nos permite ver con claridad cuál es, hoy, la naturaleza de la Universidad Católica en armonía con el pasado y cuáles sus compromisos ante los retos de una nueva cultura. Es de forzosa referencia el documento «Ex Corde Ecclesiae», del 15 de agosto de 1990.

La Universidad católica, en cuanto universidad, participa del mismo ser de todas las universidades: es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales.

(Cf. Carta Magna de las Universidades europeas, Bolonia, Italia, 18 de septiembre de 1988, "Principios fundamentales"). «Una Universidad católica, como toda universidad, es una comunidad de estudiosos que representa varias ramas del saber humano. Ella se dedica a la investigación, a la enseñanza y a varias formas de servicios, correspondientes con su misión cultural» (Ex cord. 2 part., art. 2).

Esta ha sido, desde el principio, la realidad operativa de esta universidad, con el concurso eficaz de directivos, profesores y estudiantes hasta hacerse digna del reconocimiento y la admiración de todos por su calidad humana y académica. Tenemos la honda satisfacción de saber que los títulos de esta Universidad Católica son reconocidos como verdaderos certificados comprobantes de competencia profesional. Pero el verdadero diploma de la universidad son sus egresados que, no solamente han merecido el respeto y el aprecio de la sociedad, sino que se han convertido en timbre de honor de la institución que un día los acogió con beneplácito y esperanza.

Esta universidad es católica porque nació en el seno de la Iglesia por un decreto del Obispo Coadjutor de Pereira, que le dio la existencia jurídica, es católica porque el propósito de sus fundadores fije la realización de los ideales educativos de la Iglesia católica y porque su estatuto legal ha sido concebido y aprobado dentro de las normas de la Iglesia. La universidad inspira y realiza su investigación, la enseñanza y demás actividades según los ideales, principios y actitudes católicos. La universidad, durante estos cinco lustros, ha manifestado siempre su propia identidad católica y ha declarado su conformidad con los fines y la misión de la Iglesia. Sus estatutos son garantía de la conservación de su genuina identidad.

Precisamente desde esta identidad, la Universidad es profundamente respetuosa de las ideas personales de profesores, alumnos y empleados, y de la libertad de conciencia de cada persona (*Dignitatis Humanae*, n 2). La libertad religiosa es esencial y prioritaria dentro de las categorías de derechos humanos.

Con igual claridad se debe expresar que todo acto oficial de la Universidad debe estar de acuerdo con su identidad católica, sello de honor en la vieja tradición educativa de la Iglesia. Naturalmente ella goza de aquella autonomía institucional que es necesaria para cumplir sus funciones eficazmente y garantiza a sus miembros la libertad académica, de acuerdo con los principios y métodos de la ciencia y según las distintas competencias, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común (*Gaudium et Spes* 59, *Gravissimum Educationis momentum*, 10).

La Iglesia, Madre y Maestra, quiere servir al hombre y a la sociedad en los planes de perfección humana en el campo educativo, propósito que viene cumpliendo a través de los siglos y, en modo particular lo realiza mediante las universidades. La Universidad católica busca, en forma institucional, garantizar esa presencia cristiana en el mundo universitario para participar solidariamente en el estudio y la solución de los grandes problemas de la sociedad y de la cultura. en su dimensión humanística y socio-histórica (G. et S.,53).

En su preocupación por la vida y misión de la universidad, la Iglesia le pide mantener unas características que considera esenciales y las expresa en el n.13 de *Ex Corde Ecclesiae*.

1. una inspiración cristiana por parte, no sólo de cada miembro, sino también de la comunidad universitaria como tal;
- 2, una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones;
3. la fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia;
4. el esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida.

Así la universidad católica, además de toda su importante tarea común con todas las universidades, aporta la luz y la inspiración propias del mensaje cristiano, al cual no se debe sustraer ningún campo de interés humano. De este modo la Universidad representa un campo privilegiado del diálogo razón y fe.

La Iglesia reconoce el valor intrínseco de la ciencia y la investigación, y amplía el horizonte con las luces de la trascendencia. Desde la trascendencia y la fe se desprenden lógicamente postulados éticos de valor objetivo y dimensión teológica. La educación no alcanza su perfección y dignidad si no establece claramente la primacía de la persona humana sobre las cosas, del espíritu sobre la materia, de lo ético sobre lo técnico y del hombre sobre el universo y de Dios sobre el hombre. (cfr. Juan Pablo II Unesco 1980). De este modo se garantizan el. respeto mutuo, la solidaridad y la paz entre los hombres y las naciones.

Dado que la teología tiene entre sus tareas la realización de búsqueda de la síntesis del saber y es elemento insustituible del diálogo razón y fe, quiere la Iglesia que en todas las universidades católicas exista una facultad, o al menos una cátedra de teología. Esta es una realidad en famosas universidades civiles,

no católicas de Europa y otros continentes. Excelente programa para que la Universidad cumpla con mayor eficacia su tarea ante la nueva evangelización del Tercer Milenio.

Con su experiencia de siglos la Iglesia pone sus ojos y deposita su confianza en los profesores que tienen la altísima responsabilidad de la enseñanza y que han sido las columnas de esta institución. «Los docentes cristianos, dice la *Ex Corde Ecclesiae*, están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana.(E.C.E, 20).

Podríamos decir que ha llegado el momento de aunar todos los esfuerzos para superar la crisis de la cultura que parecería precipitarse en un vacío epocal.

Es interesante comparar con lo que ocurría hace mil años, en el cambio de milenio. El período en torno al año mil fije un momento de tránsito, fundamental para toda la cristiandad tanto de occidente como de oriente. También entonces se produjo un vacío. «El renacer ya iniciado antes del año 1.000 se puede decir que es de carácter integral: florece de nuevo la economía, aumenta la población, se reaniman las ciudades y se constituyen los primeros reinos. Paralelamente comienza la reforma cluniacensegregoriana, se renueva la sociedad cristiana, se organizan las cruzadas, se ponen las bases de la nueva cultura escolástica y de la nueva escolarización hasta la fundación de las primeras universidades. En Oriente, al contrario, las varias cristiandades se encuentran a la defensiva y luego en retroceso, sea frente al Islamismo, sea frente a la agresividad del occidente» (Franco Pierini, *Il Maestro nella Patristica e nella tradizione ecclesiale*).

En este momento, después de la tempestad de una crisis violenta cuyas consecuencias, sin duda alguna, durarán muchos años, se viven en toda la Iglesia signos de esperanza y la Nueva Evangelización, a la que el Papa Juan Pablo II ha convocado a la Iglesia, comienza a ser una realidad visible dentro del panorama oscuro de los últimos decenios.

El Papa, con mirada de profeta y con el timón en sus manos, en las que no se debilita el carisma petrino para conducir la Iglesia, camina en el primer puesto, con una firmeza moral y espiritual que contrasta con su flaqueza física, abriendo brechas en el terreno difícil de una identidad que es preciso mantener y consolidar, manteniendo la luz de sólidas verdades en ámbitos oscurecidos por la duda, haciendo la unidad religiosa en un mundo lleno de divisiones y discordias y abriendo los brazos con un amor límpido y sincero al encuentro fraterno de las confesiones cristianas. En el momento en que sucumbe la civilización de la tardía modernidad, con la fuerza que sólo puede

venir del Espíritu, abre con ímpetu arrollador las puertas al diálogo de la fe con la cultura contemporánea de la que es ciudadano y maestro. Es éste un momento feliz para una Universidad católica que mira al cayado de este gigante indómito de la fe. El mundo no necesita sonrisas de aprobación para sus veleidades y sus yerros sino corazones abiertos a la comprensión desde el irrenunciable compromiso con la fe y las verdades que ella ilumina.

Al comprobar cómo la Universidad Católica Popular del Risaralda en estos primeros veinticinco años de su existencia ha sido fiel a los propósitos de los fundadores, que son los mismos propósitos de la Iglesia en este campo, y al ver cómo su ser y su obrar hacen de ella un eslabón en la gloriosa cadena de la educación católica como servicio a la fe y como respuesta a los anhelos colectivos de una sociedad que ha optado por el progreso, dentro del marco del pensar cristiano, sólo me queda felicitar muy cordialmente a la entera comunidad universitaria, renovar mi aprecio indeclinable a los compañeros de ese sueño y de esa empresa y mi gratitud a ellos mismos y a los colaboradores y continuadores, como a toda la siempre bien querida sociedad pereirana.

No sería completa la expresión de gratitud, si no incluyera, en forma explícita, a Su Excelencia, Monseñor Fabio Suescún Mutis, Obispo de Pereira y Gran Canciller de la Universidad que la ha apoyado e impulsado con tesón, y al Padre Álvaro Betancur Jiménez, que con inteligencia y constancia ha coordinado eficazmente toda la acción, con el concurso insustituible de sus inmediatos colaboradores.

Que Dios nos acompañe con su bendición en el presente y el futuro de esta obra concebida y realizada con tanto amor.